

João de Melo

Los navíos de la noche

TRADUCCIÓN DE ÁNGEL ALONSO



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *Os navios da noite*,  
Dom Quixote, 2018

Los navíos de la noche  
João de Melo

Primera edición: noviembre de 2019

© de la traducción del texto, Ángel Alonso  
© de la ilustración de la cubierta, Arturo Revuelta

Edición © La Umbría y la Solana, 2019  
c/ Pez Austral, 11  
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es  
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela  
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado  
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-948327-8-9  
Depósito legal: M-31141-2019

Impresión: Calprint Digital  
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*¿Qué somos nosotros? Navíos que se cruzan uno con el otro en la noche,  
Cada uno la vida desde las líneas de claraboyas iluminadas  
Y cada uno sabiendo del otro solo que hay vida allá adentro y nada más.  
Navíos que se alejan punteados de luz en las tinieblas,  
Cada uno indeciso disminuyendo hacia cada lado de la oscuridad  
El resto es noche callada y frío que sube del mar.*

Álvaro de Campos

*In memoriam* de  
ADELAIDE MONTEIRO FREITAS,  
mi amiga de la infancia y de siempre  
y de  
URBANO TAVARES RODRIGUES  
con la *saudade* alrededor.

## ÍNDICE

El punto de vista del vencido .....	13
Los pecados del mundo .....	49
El regreso de José María .....	79
Extraños, magníficos poderes .....	105
<i>Sic transit gloria mundi</i> .....	117
Mi madre y yo .....	151
La idea de mi padre .....	169
Crucero al sur .....	187
El ciego de la isla .....	253
Fuego sobre el mar .....	271
Mal de mar .....	283
Los huesos de mi cuerpo .....	295
Teoría de los manicomios .....	305
Entre todo y nada .....	317
La enfermedad .....	327
Cumpleaños .....	339
La prisión de los espíritus .....	349
Pan con naranjas .....	363

## El punto de vista del vencido

*Hay siempre algo de grandioso en la derrota  
que no pertenece a la victoria*

(Jorge Luis Borges)

Al principio, lo más extraño fue no entender de dónde venía, ni cómo llegaba hasta allí, ni a quién se dirigía, el sonido que entonces se repetía en el interior de mi cabeza. Además de lejano, se diluía en el aire, amortiguado bajo el peso de mi sueño y por el silencio de la noche. Siendo él tan remoto en su evidencia sonora, podía muy bien estar sucediendo en el otro extremo de la ciudad, y no dentro de casa. Yo lo oía solo con el pensamiento del cerebro durmiente, probablemente en mitad de un sueño, hasta finalmente despertar y concluir que me estaba destinado justamente a mí y a nadie más. Emergiendo de la fatiga que me había prostrado, me dejó muy alarmado, entre la sorpresa y el pavor de qué estaría pasando a mi alrededor, y justo de puertas adentro. Con todo a oscuras en el edificio y en la calle, no tenía noción de qué hora sería. Pero sería plena madrugada, no cabía duda. Según se podía deducir del sosiego y de la oscuridad, y del hecho de que yo estuviese tan cansado y tan lleno de sueño. Me sobresaltaba la insistencia y la intensidad de ese ruido, que retumbaba por toda la casa como una trompeta o un antiguo cuerno de guerra. La primera idea que me vino a la mente fue la de una tragedia cerniéndose sobre Lisboa, la cual me incluía a mí, a nuestra casa y a mi familia en la misma amenaza de peligro.

Ya despierto, pero aún amodorrado, concluí en lo obvio: se trataba a fin de cuentas del timbre de la puerta. Un toque redondo y áspero reverberando en su estridencia nocturna, en contraste con el silencio de la casa. Después el interruptor comenzó a ser pulsado, dos y tres veces seguidas, por un dedo vigoroso, lleno de ira, un dedo que me atestiguaban sus muestras crecientes de impaciencia. Sonidos prolongados alternaban con otros, breves e intermitentes como los del código Morse, en un alarde de rencor propio de quien tocase una campana a rebato. Atacado de los nervios, en un frenesí que me erizaba por dentro, pasé del recelo inicial a la certeza de que se volvía a repetir lo que tantas veces me había sucedido: amargarme la vida con vigilancias y persecuciones; someterme de nuevo a lo que muy buenamente quieran hacer de mí.

Me senté abruptamente en la cama. El corazón en una palpitación loca. La cabeza latiéndome, dilatándose tan solo por dentro. Aquella violencia ruidosa me hería los cinco sentidos, resumiéndolos en uno solo: el oído. La noche real, inmensa, estaba fragmentándose allá en lo alto y cayendo sobre mí como el vidrio de una claraboya que reventase encima de mi cabeza. Persistía todavía el alarido del timbre: una cuerda estridente que atronaba el edificio entero, aunque tocase solo y únicamente dentro de nuestras cuatro paredes.

Saliendo de entre sus pesadillas, llegó el turno de que Marília se despertase sobresaltada. Se asustó, pues había sucumbido también al cansancio de un día de trabajo y se había hundido en un sueño más pesado que el mío. Cuando despertaba en medio de la noche, le sobrevenían unos espasmos nerviosos que recordaban convulsiones. En un

susurro de voz somnolienta, y del mismo modo afligida, me preguntó en voz baja quién era y lo que pretendía de mí, si acaso no se trataría de alguien perseguido, huido de la Dictadura, necesitando esconderse durante unas horas en nuestra casa, como de vez en cuando nos sucedía; o si, por el contrario, eran ellos, otra vez ellos en nuestra puerta, los miserables de costumbre, que venían de nuevo para prenderme y llevarme con ellos. Dado que se puso a llorar, me fue inevitable concluir que había encontrado la respuesta a sus preguntas. Ahora, la voz se retraía mientras ella sollozaba, en una mezcla de cólera y de susto disconforme. El corazón de las mujeres trabaja más deprisa y más cerca de la verdad que el de los hombres. El de ella tenía el don añadido de adivinar, de presentir a distancia los pasos de mi perdición.

Busqué el despertador en la mesita de noche. En verdad ¿quién podría ser sino la policía política? A aquella hora, nadie con buen juicio andaría evadido de puerta en puerta por las calles de Lisboa, ni tocaría con tal insistencia el timbre de la puerta de quien necesitaba descansar durmiendo en la paz de su cama, con trabajo y deberes que cumplir al día siguiente. Marília me agarró del brazo, con los ojos abiertos, dilatados por el terror. Sin dejar de llorar, me pidió que no encendiese la luz, no me moviese ni me levantase, ni les abriese la puerta: lo mejor era que fingiésemos que no había nadie en casa, que nos habíamos ido ambos. Acabarían por desistir y marcharse. O por tumbar la puerta y después cargar ellos con el escándalo del jaleo a horas tan impropias, ante la extrañeza y la indignación de los vecinos de al lado, de los pisos de encima y de abajo. No íbamos a ser nosotros los que les facilitasen las cosas, ¿no?



—¿O crees que sí? —se alarmó, al darse cuenta del pesimismo de mis ojos vencidos y ya desesperados.

Mi respuesta consistió en hacerle una caricia con las dos manos en el cabello y en el rostro, que ahora se desfiguraba más, convulsionado por un nuevo asomo de llanto. Intenté sonreírle sin dolor ni demasiada tristeza y tranquilizarla, a fin de infundirle un poco de confianza en lo referente a mi situación; pero me salió una sonrisa tan triste, tan resignada a su mala suerte, que la hizo llorar con más fuerza y dejar caer la cabeza, abandonándose a mis brazos. Deshecha por dentro, y de nuevo por mi causa. ¡La manía que yo tenía de andar siempre pisando el riesgo e incurriendo en las temeridades de la política! Tenía una hermosa cabeza, mi mujercita, redonda y coronada por unos discretos caracoles negros como el carbón. Ella sabía que yo la adoraba tanto por esa belleza como por sus recelos y cuidados respecto a mí. Se le había metido en la cabeza hasta la convicción que era ella quien me protegía del mundo y cuidaba de mí, de la ingenuidad de mi fe en todo, y no al contrario de esas y de otras ilusiones.

Marília no significaba solo el amor y la comodidad de una vida, sino sobre todo la fuente de donde manaba el hilo de agua de mi coraje cívico, ese hilillo bravo, limpio, determinado, que me había llevado ya a soportar dos prisiones, y en ellas las privaciones del sueño y los largos interrogatorios, por entre delirios e imágenes alucinadas. Eran bárbaras las torturas practicadas por perros ensañados que, a pesar de que eran policías, vestían de civil: las torturas del sueño y las tentaciones de los agentes que representaban el papel unas veces de malos, otras de tan bonachones que hasta estaban en contra de los métodos violentos del poder

y de la autoridad, y comprendían que nunca hubiese habido, ni habría, una unanimidad de opinión relativa a ningún régimen político, incluso en Portugal. Lo más normal en esta vida, en el nuestro como en cualquier otro país del mundo civilizado - decían los agentes «bonachones» de los interrogatorios -, era que hubiese por ahí quien no estuviera de acuerdo con el gobierno. Y que tal hecho le fuese reconocido como derecho a la opinión y a la dignidad. ¿Qué duda podía haber en cuanto a eso?!

La recitación malévola, el razonamiento «hipócrita» de los «bonachones».

Ayudé a mi mujer a levantarse de la cama y a ponerse la bata. Me acerqué a la ventana para intentar espiar. La abrí un poco, solo lo necesario para asomar la cabeza al exterior, y pregunté a los de abajo quiénes eran y lo que pretendían de nosotros a aquellas horas. Una voz fría, que hablaba y tosía, me respondió diciendo secamente:

—¡Policía!

Por instinto, retrocedí y me escondí tras las cortinas, en el cuarto a oscuras, como si reaccionase a un agujonazo de la uña del diablo. Afuera, las tinieblas arremetían contra las luces amarillas de las farolas públicas. Pero no tardarían en empujar la madrugada, en dar paso a los tonos incipientes y claros del día a punto de nacer. «La hora del lobo», pensé entonces. Ni noche ni mañana. El silencio de un edificio interior durmiendo, en unas calles sin tráfico ni gente de paso por allí; el cielo, bajo una amenaza de lluvia, cargando las nubes por encima de las casas. Y yo a punto de caer en la trampa y de ser engullido por los lobos.

Eran tres, todos con sombrero y gabardina. Una brigada de la policía política, la conocida como de la defensa

del Estado, venía a buscarme, a proceder a una búsqueda domiciliaria más o menos sumaria, cosa de poca importancia. Nada más que eso: palabra de honor del agente, un tal Magalhães (así se anunció él) que yo no conocía y a quien había sido confiada la misión de prenderme. De ahí a nada, dándose cuenta de la forma desastrosa en que me habían anunciado sus buenos propósitos, enmendó el tono de voz y lo volvió grueso, imperativo, como quien no admitiese más charlas conmigo:

—¡Abra, y deprisita, profesor! ¡No me haga perder más tiempo aquí en la puerta, al frío!

¿Quién no conocía las mañas y las crueles ironías de un agente cualquiera de la policía política, se llamara Magalhães o respondiese por otro apellido cualquiera? No me importaban los nombres, pero sí el timbre de aquellas voces frías, los ojos, las bocas blandas o duras, los modos brutales o los gestos sutiles. Yo sabía que, a partir de ahí, no habría ningún espacio de maniobra a mi favor, ni ninguna garantía de respeto por las personas de mi casa. El mal está en que nos dejemos atrapar desprevenidos en nuestra jaula. En el caso de que no facilitase la entrada de la policía o no bajase por mi propio pie a su encuentro, el agente mandaría levantar una barrera de ojos para quedarse allí de guardia, espíandome desde la esquina, junto a la puerta o frente a las ventanas del inmueble. Hasta que me entregase, me harían chantaje emocional con mi mujer; apretarían cada vez más el cerco al edificio y a la calle donde vivíamos, a la cual no podríamos, ni yo ni ella, bajar sin que nos rindiésemos a la claridad escandalosa del día y yo volviese a dejar tras de mí un rastro hecho de secretos, murmullos sospechosos, escarnios y hasta odios ciegos por parte de los vecinos que